

Opinión

Por fin existe la lapidación

Jorge Bello

Especial para Diario UNO

Por fin existe la lapidación. Hasta el lunes pasado era sólo una palabra que hacía referencia a una forma horrible de morir, propia de pueblos bárbaros... pero ricos en petróleo, y por tanto dignos de todo respeto y consideración, reverencia y genuflexión, o bien susceptibles de invasión por la fuerza. Pero el lunes por la noche, para mí por primera vez, vimos una lapidación de verdad, vimos cómo es esto de tirarle piedras a una mujer indefensa hasta dejarla sin vida.

Si ésa fue la primera vez que el mundo civilizado tuvo oportunidad de ver filmada de la realidad la muerte por lapidación de una mujer, y considerando que al parecer sólo existe aquéllo que sale en la tele, es por lo tanto a partir del lunes que existe la lapidación.

Hasta entonces eran sólo palabras, argumentos de grupos defensores de los derechos

“No entiendo tanto desprecio, me recuerda a la dictadura militar argentina”



humanos. No nos engañemos, somos víctimas de la imagen: no existe aquéllo que no tiene imagen.

Debemos aprender a creer en la realidad de la verdad aunque ésta no tenga imagen para salir en la foto, o secuencia para salir en la tele.

Debemos aprender que existen intereses creados que intentan ocultar de diarios y televisión la verdad incómoda, y a cambio de ella bombardean al ingenuo espectador con la frivolidad de turno.

O bien, como se hace últimamente, lo bombardean con otra verdad, y ésta canta las grandezas de quien a propósito genera esa verdad, y al hacerlo oculta, como si fuera una cortina, la verdad que incomoda.

El canal 24 horas de noticias de Televisión Española presentó el vídeo como un material que acababan de recibir, y seguramente era así, en efecto, porque la locutora no advirtió sobre la crueldad de las imágenes, tal como se suele hacer en estos casos. No he vuelto a ver el vídeo, ni en ese canal ni en otro, por lo cual pienso que una mano dictatorial lo censuró, y prohibió que volviera a emitirse. Esa mano, sin duda, es cómplice de

lapidación.

Aunque de poca calidad, las imágenes muestran en primer plano un cuerpo delgado y de líneas femeninas en el suelo, de costado, un poco flexionado, con un vestido largo de color claro y la cabeza envuelta por una capucha negra. Las manos parecen proteger la cabeza, o haber querido hacerlo, ya inertes.

A su alrededor, un conjunto de hombres corpulentos levantan piedras del suelo y se las arrojan a la mujer. No son piedras pequeñas, algunas requieren las dos manos para recogerlas del suelo y arrojarlas.

Y no es que simplemente las dejen caer sobre el cuerpo de la mujer, sino que las arrojan con fuerza, y se observa con claridad el esfuerzo con que los hombres le arrojan las piedras a un cuerpo que yace a sus pies.

El cuerpo ya no se defiende. Pero sigue recibiendo piedras, y con cada pedrada se mueve un poco, es una contorsión mínima que delata la violencia del impacto sobre un cuerpo liviano. Este moverse el cuerpo con cada pedrada delata también que aún está flexible, lo que indica que aunque vivo está inconsciente, o que ha muerto hace poco.

Los hombres recogen del suelo

más piedras y siguen tirando sin cesar, varios a la vez, con vigor masculina, algunos se aproximan para tirar más de cerca, todos lo hacen con fuerza y con prisas por agarrar otra piedra del suelo y lanzarla.

No entiendo tanto desprecio, me recuerda a la dictadura militar argentina, cuando la crueldad era cada vez más salvaje en el torturador según iba torturando. Hay un punto en que todo daño parece poco.

Hay estudios psicológicos que le buscan una explicación a la

La muerte cruel no es sólo cosa del pasado, ni es exclusiva de los países bárbaros

crueldad extrema cuando ésta es aplicada por personas que por lo demás tienen una vida normal. No sé si el vídeo se emitió en Argentina. Tengo la sensación de que salió de la realidad tan rápido como entró en ella, y ahora parece que esta realidad no existe.

La tortura fue legal en Francia durante mucho tiempo, y también lo fue en Gran Bretaña, y los ingleses la llevaron a las colonias que luego se

independizarían como Estados Unidos de América. Poco antes de la Revolución Francesa, por ejemplo, el sistema judicial francés permitía la tortura previa al juicio con el objetivo de amedrentar al acusado, y aceptaba también la tortura como método para obtener una confesión legal.

La tortura buscaba además la humillación absoluta del infeliz, igual que en tiempos de la dictadura argentina. Buscaban la degradación de la persona hasta la despersonalización y el desprecio por la propia vida. Llegado el momento del juicio sentaban al acusado, frente al tribunal, en un taburete pequeño, de altura mínima, ridículamente pequeño: le llamaban el banquillo de los acusados, para que el reo se viera humillado hasta el ridículo frente a la grandeza del tribunal.

Todavía se conserva la denominación de banquillo de los acusados para indicar el asiento reservado al reo. Ya no es un banquillo, por supuesto, pero tampoco es una silla igual a la que ocupa el juez; conserva, por tanto, algo del espíritu de humillación que tuvo en principio. Esta diferencia de silla para indicar diferencia social y poderío se conserva en muchos despachos,

estudios y consultorios.

Una vez condenado a muerte, la justicia gala permitía torturar al condenado antes de ajusticiarlo, sea para confesar algo más, sea para escarmiento del público. Como gesto de clemencia se permitía que el verdugo estrangulara al reo para evitarle más torturas.

Pero, en general, se buscaba que esta fase final fuese lo más cruel posible, lenta y dolorosa, y pública, para que el público presente supiera a qué atenerse.

Luego llegó la guillotina al sistema judicial francés, cuando ya se hablaba de derechos humanos y del imperativo, por tanto, de abolir tanta crueldad. Pretendía atenuar la barbarie de la condena a muerte sin por ello restarle el valor de espectáculo educativo.

Queda visto que el espectáculo de la muerte cruel y encarnizada no es sólo cosa del pasado, ni es exclusiva de los países bárbaros. Queda visto que sigue vigente, tanto en países pobres e invadidos con excusas evidentes por países ricos, como en países ricos que organizan eventos deportivos y construyen grandes complejos hoteleros para que les sirvan de cortina tras la cual esconder verdades incómodas como, por ejemplo, la lapidación.